

Un asado en lo de carlos

Horacio José Fuentes



Image not found.

Capítulo 1

Un asado en lo de Carlos

Te dije que no iba a venir; es un pelotudo, siempre hace lo mismo promete y luego no cumple y encima ni se calienta en disculparse, o por lo menos en avisar. Carlos ya había prendido el fuego y estaba por poner los chorizos en la parrilla, la carne la ponía siempre un rato después. Todos habían llegado menos José, que había prometido llevar unos vinos mendocinos, pero ni José ni los vinos estaban presentes. – no te calentés Carlos, vino tenemos, la carne está, todo bien entonces. – dijo Raúl mientras destapaba una botella de malbec. Brindaron por la ocasión y Carlos aprovechó para putearlo a José en ausencia. Mientras vaciaban sus vasos comenzaron con los recuerdos y anécdotas. En verdad las reuniones eran casi exclusivamente para recordar momentos pasados que revivían deformados o reformados voluntaria e involuntariamente. Es sabido que los recuerdos y las anécdotas tienen la impronta de la visión subjetiva, pero además se suma la deformación que opera el tiempo en la memoria y también lo que el ego de cada uno agrega. El suceso objetivo es que a un tipo se le cayó un piano en la cabeza (cosa muy improbable, pero posible) pero cuando alguien la cuenta agrega cosas, adorna el asunto, lo relaciona con otros hechos reales o no, le da un tono admirativo al relato, o un sesgo humorístico; bueno... todos conocemos como es la cosa. Raúl era muy afecto a contar historias que todos conocían por haberlas vivido, pero que en boca de él eran irreconocibles. –Che ¿se acuerdan del día que este boludo –señalando a Mario- fue a comprar yerba y no tuvo mejor idea que tocarle el culo a la almacenera... que kilombo se armó eh? Empezó a contar Raúl, pero no pudo continuar porque Mario lo interrumpió – primero lo de este boludo está demás, segundo yo no le toqué el culo a la almacenera por la sencilla razón que no fui a comprar nada y tercero ándate a la puta que te parió vos y tus historias. – bueno che Mario, no le des bola ya sabemos cómo es Raúl cuando cuenta algo. Tercio Luis, dejando el vaso en la mesada. – si pero siempre me pone a mi como protagonista y yo ni estaba. Raúl bastante molesto preguntó ¿Cómo soy yo, que querés decir? Ahí intervino Carlos mientras acomodaba los carbones para que el fuego llegara parejo a la carne. Nada Raúl, solo que sos muy imaginativo, nada malo, luego agregó acá el único forro es José. Luis, Mario y Raúl se miraron y guardaron un silencio incomodo ante el comentario de Carlos. Alberto volvía de la cocina con una botella de cerveza, captó el clima denso y preguntó si pasaba algo. – No, nada-. Dijeron los cuatro al unísono. Alberto se sirvió un vaso y se sentó en una de las reposeras. El día estaba luminoso y templado, ideal para la jornada que tenían planeada hacia bastante tiempo. Se oía el chisporroteo de las brasas a medida que la carne se asaba y la grasa goteaba, la espera resultaba liviana, ayudada por el vino, la cerveza y en menor medida alguna que otra botellita de agua mineral. Carlos comprobó que la botella de vino estaba vacía y mientras abría otra dijo que si seguían así estarían

todos mamados antes de empezar a comer. Se sirvió y preguntó a los demás si les servía; Alberto dijo –yo sigo con la birra, hace calor y el vino me pega mucho.

¡Hijo de puta este José! Dijo Carlos, sin dirigirse a nadie; evidentemente hablaba para sí mismo. Los otros se miraron como si compartieran un secreto o tuvieran un conocimiento que Carlos carecía. La carne crepitaba en la parrilla, Carlos se fijó si los chorizos estaban ya para empezar a picar. Les dijo achuras no puse porque son mortales, mucho colesterol, disculpen que no les consulté. –está bien. Dijeron todos a la vez. Ahora que me acuerdo el forro de José me dijo que el traería unos chinchulines, pero bueno, ya vimos que ni apareció. Silencio incómodo y Luis preguntó cambiando de tema –si ya podían empezar con los choris, el hambre empieza a apretar. Pero... que boludo; Alberto fíjate que en la heladera hay queso cortado en cubos y unos salamines. Por la calentura con José, me olvidé de servirlos. Alberto enfiló para la cocina. En el rostro de todos comenzaba a dibujarse un rastro de preocupación o intriga por esa obsesión. Parecía que Carlos no podía relajarse. Volvió Alberto con la picada, y al comenzar a comer, se disipó toda duda, corrió el vino, la cerveza y para refrescarse de vez en cuando agua bien helada, el calor apretaba bastante. –Vaaamos que llegan los choris. Carlos los servía a cada uno recorriendo la mesa. – ¿y, cómo están che? – ¡buenísimos! Fue la respuesta uniforme. –entonces está todo bien, si vieras lo que te estás perdiendo José forro. Dijo Carlos mirando al cielo. Silencio, todos siguieron masticando y empujando con el vino o lo que tuvieran a mano. Ahora cuando traiga la carne van a ver lo que es; este “carniza”, trae un asado de puta madre. Dijo Carlos muy animado. Ciertamente la carne estaba muy buena, como lo certificaron todos procediendo a devorarla como si no hubieran comido en mucho tiempo.

Carlos los miraba a todos con la satisfacción pintada en la cara, sus amigos comían y bebían con deleite. – bueno todo está perfecto, solo una mancha hay en este día; ese hijo de mil putas de José.

Todos lo miraron, dejaron de masticar y al unísono preguntaron –¿Cuál José?